

LA DIVINA COMEDIA. DANTE

INFIERNO. CANTOS I-VIII

CANTO PRIMERO

PROEMIO GENERAL: EL DESCAMINO, LA FALSA VEREDA Y EL SEGURO QUÍA

Dante adquiere conciencia de haberse apartado del camino recto y se encuentra perdido en una selva oscura. Intenta escapar subiendo a una hermosa colina que se ofrece a su vista, pero se lo impiden una pantera, un león y una loba. Huyendo de los tres animales, baja de nuevo hacia la selva, cuando lo detiene el espíritu de Virgilio, que le explica que no podrá escapar de la loba y subir a la colina por ese camino. Llegará un día en que un Lebrél ahuyentará a la loba y la precipitará en el Infierno. Para salir de la situación en que se encuentra debe confiar en Virgilio, que lo guiará por un camino más largo, a través del Infierno y del Purgatorio. Más tarde, alguien más digno que el mismo Virgilio lo llevará a la contemplación de los bienaventurados. Se ponen en camino.

A la mitad del camino de nuestra vida me encontré en una selva oscura, por haberme apartado del camino recto¹. ¡Cuán penoso me sería decir lo salvaje, áspera y espesa que era esta selva, cuyo recuerdo renueva mi temor, temor tan triste que la muerte no lo es tanto! Pero antes de hablar del bien que allí encontré revelaré las demás cosas que he visto. No sabré decir fijamente cómo entré allí; tan adormecido² estaba cuando abandoné el verdadero camino. Pero al llegar al pie de una pendiente, donde terminaba el valle que me había llenado de miedo el corazón, miré hacia arriba y vi su cima revestida ya de los rayos del planeta que nos guía con seguridad por todos los senderos. Entonces se calmó algún tanto el miedo que había permanecido en el lago de mi corazón durante la noche que pasé con tanta angustia; y del mismo modo que aquel que, saliendo anhelante fuera del piélago, al llegar a la playa se vuelve hacia las ondas peligrosas y las contempla, así mi espíritu, fugitivo aún, se volvió hacia atrás para mirar el trayecto del que no salió nunca nadie vivo³. Después, cuando di algún reposo a mi fatigado cuerpo, continué subiendo por la solitaria pendiente⁴, procurando afirmar siempre aquel de mis pies que estuviera más bajo. Al poco aparecióseme una pantera, de rápidos, movimientos y cubierta de manchada piel. No se quitaba de mi vista, sino que interceptaba de tal modo mi camino que me volví muchas veces para retroceder. Era el tiempo en que apuntaba el día y el Sol subía rodeado de aquellas estrellas que estaban con él cuando el Amor divino imprimió el primer movimiento a todas las bellas cosas de la creación. Hora y estación tan dulces me daban motivo para augurar bien la pintada piel de aquella fiera, pero no tanto que no me infundiera terror el aspecto de un león que a su vez se me apareció. Figuróseme que venía hacia mí, con la cabeza alta y con un hambre tan rabiosa que hasta el aire parecía temerle. Siguió a éste una loba que, en medio de su delgadez⁵, parecía cargada de

¹ Quiero desde el primer momento invitar a una lectura alegórica de esta obra a la que voy a contribuir con un gran número de notas que acompañarán esta edición. Naturalmente, la selva a que hace alusión el texto debe entenderse como el pecado.

² El pecado, como el sueño, adormece los sentidos y ofusca la inteligencia.

³ La mayoría de los comentaristas interpreta que el pecado conduce a la muerte del alma, lo que no es completamente cierto a menos que interpretemos la frase como «la obstinación en el pecado».

⁴ Simboliza la trayectoria natural del alma hacia Dios.

⁵ Pantera (*lonza* en el texto italiano, del fr. *lance*). Los bestiarios medievales, dicen que nace de la unión de león con pantera o de leopardo con leona. Los tres animales que encuentra Dante simbolizan las tres tendencias pecaminosas que impiden el arrepentimiento. Los comentaristas más antiguos ya los identifican de la siguiente manera: la pantera sería la alegoría de la lujuria, el león de la soberbia y la loba de la avaricia. Los tres vicios a los que, según Santo Tomás, “reduci possunt omnes passionés” (Sum. Theol., II, ii q LXXVII, art. 5). Según las categorías aristotélicas, los tres animales simbolizan la incontinencia, la violencia y la malicia; pecados que veremos castigados en los círculos 2 a 5 (Cantos V a IX); en los distintos recintos del círculo 8 (Cantos XII a XVIII); y, por último, desde el VIII hasta el final del Infierno. Del orden en que vienen presentados podemos deducir la escala de valores con que los mide el autor, en una valoración sorprendentemente moderna porque no siempre coincide con una escala ortodoxa.

deseos; loba que ha obligado a vivir miserablemente a mucha gente. El fuego que despedían sus ojos me causó tal turbación que perdí la esperanza de llegar a la cima. Y así como el que se deleita en atesorar se entristece cuando sufre una pérdida y la llora en todos sus pensamientos, así me sucedió con aquella inquieta fiera, que, viniendo a mi encuentro, poco a poco me empujaba hacia donde el Sol se oculta. Mientras yo retrocedía hacia el valle se presentó a mi vista uno que por su prolongado silencio parecía mudo.

Cuando lo vi en aquel gran desierto:

—Piedad de mí —le dije—, quienquiera que seas, sombra u hombre verdadero.

Respondiome:

—No soy ya hombre, pero lo he sido. Mis padres fueron lombardos⁶ a y ambos tuvieron a Mantua por patria. Nací «sub Tulio»⁷, aunque algo tarde, y vi a Roma bajo el mando del buen Augusto, en tiempos de los dioses falsos y engañosos. Poeta fui y canté a aquel justo hijo de Anquises⁸, que escapó después del incendio de la soberbia Ilión. Pero, ¿por qué te entregas de nuevo a tu aflicción? ¿Por qué no asciendes al delicioso monte que es causa y principio de todo goce?

—¡Oh! ¿Eres tú aquel Virgilio, aquella fuente que derrama tan ancho caudal de elocuencia? —le respondí ruboroso. ¡Ah, honor y antorcha de los demás poetas! Válgame para contigo el prolongado estudio y el grande amor con que he leído y meditado tu obra⁹. Tú eres mi maestro y mi autor predilecto, tú solo eres aquel de quien he imitado el bello estilo que me ha dado tanto honor. Mira esa fiera que me obliga a retroceder: líbrame de ella, famoso sabio, porque a su aspecto se estremecen mis venas y late con precipitación mi pulso.

—Te conviene seguir otra ruta —respondió al verme llorar— si quieres huir de este sitio salvaje. Porque esa fiera que te hace prorrumpir en tantas lamentaciones no deja pasar a nadie por su camino, sino que se opone a ello matando al que tanto se atreve. Su instinto es tan malvado y cruel que nunca ve satisfechos sus ambiciosos deseos, y después de comer tiene más hambre que antes. Muchos son los animales a quienes se une¹⁰, y serán aún muchos más hasta que venga el Lebré¹¹ y la haga morir entre dolores. Éste no se alimentará de tierra ni de oro y su patria estará en Feltro y Feltro¹². Será la salvación de esta humilde Italia, por quien murieron de sus heridas la virgen Camila, Euríalo y Turno y Niso¹³. Perseguirá a la loba de ciudad en ciudad hasta que la haya arrojado al Infierno, de donde en otro tiempo la hizo salir la Envidia. Ahora, por tu bien, pienso y veo claramente que debes seguirme; yo seré tu guía y te sacaré de aquí para llevarte a un lugar eterno, donde oirás aullidos desesperados; verás a los espíritus dolientes de los antiguos condenados que esperan entre gritos la segunda muerte¹⁴.

⁶ Se refiere a la Italia del Norte, llamándola anacrónicamente con el nombre que había de adquirir en el medievo.

⁷ Sub Tulio, en tiempos de Julio César.

⁸ El justo hijo de Anquises es Eneas, «pius Aeneas», «quo iustior alter/nec pietate fuit, nec bello maior et armis» (Aen., 1, 544-545).

⁹ Efectivamente, Dante no sólo conoce a Virgilio y se confiesa su discípulo, sino que sabe de memoria la Eneida, como nos dirá en Infierno, XX, «lo sai tu che la sai tutta quanta». Al poeta mantuano le debe además el estilo trágico, como confiesa más adelante.

¹⁰ Muchos son los hombres que caen en este pecado de la avaricia. Otra interpretación sería que la avaricia conlleva otros muchos pecados. La avaricia es el pecado más odioso para Dante porque es causa de la corrupción de la Iglesia y del no cumplimiento de la misión para la que fue instituida por Cristo, con lo que esto supone, según las ideas políticas de Dante, para el desorden y las injusticias que veía en la misión temporal.

¹¹ Infinitas son las interpretaciones que se han hecho a propósito de este Lebré queriéndolo identificar con personajes históricos, el emperador Enrique VII o el protector de Dante, Cangrande della Scala, entre otros. Quedémonos con el lebré o galgo, perro de caza que perseguirá y expulsará a la loba de Italia. Se trata de un caso de lenguaje ambiguo, propio de las profecías que tanto abundan en la literatura del medievo.

¹² Otra oscura referencia que ha hecho correr ríos de tinta. Parece ser el más convincente de todos los comentarios el que quiere ver en el «fieltro» el paño burdo con que vestían los franciscanos, orden que con el voto de pobreza podía servir de ejemplo para el orgulloso Papado y guiario así de nuevo a la simplicidad evangélica de sus orígenes.

¹³ Nombre de algunos de los combatientes que cayeron en la guerra entre troyanos y volscos: Euríalo y Niso, compañeros de Eneas, y Camila, hija del rey de los volscos, y Turno, rey de los rútuos, combatientes en el bando contrario.

¹⁴ El juicio final y la consiguiente condenación o segunda muerte, ya para la eternidad.

Verás después a los que también están entre las llamas, pero contentos porque esperan, cuando llegue la ocasión, tener un puesto entre los bienaventurados¹⁵. Si quieres después subir hasta estos últimos, te acompañará en ese viaje un alma más digna que yo y te dejaré con ella cuando yo parta, porque el Emperador que reina en las alturas no permite que se entre en su ciudad por mediación mía, porque fui rebelde a su ley¹⁶. Él impera en todas partes y reina allá arriba; allí está su ciudad y su alto solio. ¡Oh, feliz aquel a quien elige para habitar en su reino!

Y yo le contesté:

—Poeta, te requiero, por ese Dios a quien no has conocido, que me hagas escapar de este mal y de otro peor¹⁷. Condúceme a donde has dicho para que yo vea la puerta de San Pedro y a los que, según dices, están tan desolados.

Entonces se puso en marcha y yo seguí tras él.

CANTO SEGUNDO

PROEMIO DEL INFIERNO: TERROR HUMANO Y CONFORTACIÓN DIVINA,
LAS TRES MUJERES BENDITAS

Los intentos de subir a la colina le han hecho perder todo el día; ahora estamos en la noche del Viernes Santo. Dante se desanima ante el camino que le queda por recorrer y Virgilio tiene que devolverle la confianza explicándole que Beatriz, advertida por Santa Lucía y a instancias de la Virgen, es quien lo envía para rescatarlo. Con nuevas fuerzas, Dante reemprende el camino.

El día terminaba; el aire de la noche invitaba a descansar de sus fatigas a los seres animados que existen sobre la Tierra¹⁸ y sólo yo me preparaba a sostener los combates del camino y de las cosas dignas de compasión que mi memoria trazará sin equivocarse. ¡Oh, Musas! ¡Oh, alto ingenio! Venid en mi ayuda¹⁹. ¡Oh, memoria que registraste lo que vi!²⁰, ahora aparecerá tu nobleza.

Yo comencé:

—Poeta que me guías, mira si mi virtud es bastante fuerte antes de aventurarme en tan profundo pasaje. Tú dices que el padre de Silvio²¹, aún corruptible, bajó al mundo eterno con su cuerpo mortal. No parece increíble a hombre de alto ingenio que Dios, enemigo de todo mal, así lo permitiese, pensando en los grandes efectos y en los hechos y gentes que de ello debían sobrevenir, pues en el Empíreo fue elegido para ser padre de la fecunda Roma y de su imperio; el uno y la otra, a decir verdad, fueron establecidos en el sitio santo donde reside el sucesor del gran Pedro. Durante ese viaje al Infierno, que tú narras, oyó cosas que presajaron su victoria y la del poder papal²². También el Vaso de Elección²³ fue transportado para dar más firmeza a la Fe, que es principio del camino de la salvación. Pero yo, ¿por qué he de ir? ¿Quién me lo permite? Yo no soy Eneas ni San Pablo: ante nadie, ni ante mí mismo, me creo digno de tal honor. Porque si me lanzo a

¹⁵ Las almas que están en el Purgatorio.

¹⁶ Virgilio, pagano, no puede disfrutar de los beneficios de la Redención. Por otra parte, la Razón, simbolizada aquí por Virgilio, es insuficiente para llevarnos por sí sola a la salvación, sin la cooperación de la Gracia santificante.

¹⁷ El mal del pecado en el que ahora mismo se encuentra Dante y otro peor: la condenación, que sería consecuencia lógica del primero.

¹⁸ Fórmula que se encuentra a menudo en Virgilio: «Nox erat, et terris animaba somnus habebat» (Aen., III, 147).

¹⁹ Aquí empieza verdaderamente el poema, siguiendo el modelo de la épica clásica. El Canto I no ha sido más que una introducción al viaje de ultratumba.

²⁰ Es una afirmación de la realidad del viaje, de la verdad de su experiencia mística. Se repetirá varias veces a lo largo del poema.

²¹ Es el mismo Eneas, que tuvo a Silvio de su unión con Lavinia, y de cuya bajada a los infiernos se nos habla en el libro VI de la Eneida.

²² Anquises, padre de Eneas, le profetiza en el Infierno la victoria sobre los róticos y el establecimiento de su poder en Roma, en la que, andando el tiempo, también habría de asentarse la autoridad papal.

²³ Según la tradición, también San Pablo, «el Vaso de Elección», entró en carne mortal en el mundo ultraterreno (11 Cor. 12, 2-4).

tanta empresa, temo por mi loco empeño. Comprenderás las razones que me callo, puesto que eres sabio.

Y como aquel que no quiere ya lo que antes quería y que, asaltado de una nueva idea, cambia de parecer de suerte que abandona lo que había comenzado, así me sucedía en aquella oscura y solitaria playa. Porque, a fuerza de pensar, abandoné la empresa que había empezado con tanto ardor.

—Si he comprendido bien tus palabras —respondió aquella sombra magnánima—, tu alma está traspasada de espanto, el cual se apodera frecuentemente del hombre, y tanto, que lo retrae de una empresa honrosa, de la misma forma que una vana sombra hace a veces retroceder a una fiera. Para librarte de ese temor te diré por qué he venido y lo que vi en el primer momento en que me moviste a compasión. Yo estaba entre los que se hallan en suspenso²⁴, y me llamó una dama tan santa y tan bella que tuve que rogarle que me diera sus órdenes. Brillaban sus ojos más que la Estrella y empezó a decirme con voz angelical, en su lengua²⁵: «¡Oh, alma cortés mantuana, cuya fama dura aún en el mundo y durará mientras el mundo exista! Mi amigo, que no lo es de la ventura, se ve tan embarazado en la playa desierta que el miedo le ha hecho retroceder; y temo (por lo que he oído sobre él en el Cielo) que se haya extraviado ya y que sea tarde para que yo acuda en su socorro. Ve, pues, y con tus elocuentes palabras y con todo lo que se necesite para sacarlo de su apuro, auxílialo tan bien que yo quede consolada. Yo, que te envió a él, soy Beatriz, y vengo de un sitio al que deseo volver. Amor me impele y es el que me hace hablar. Cuando vuelva a estar delante de mi Señor alabaré la fuerza de la razón humana». Después calló y yo le dije: «¡Oh, reina de todas las virtudes, por la que la especie humana excede a todos los demás seres del círculo inferior! Tanto me place tu orden que aunque ya te hubiera obedecido me parecería que había tardado en hacerlo; no tienes más que expresarme tus deseos. Mas dime: ¿por qué causa no temes descender al fondo de este centro²⁶ desde lo alto de esos inmensos lugares adonde ardes en deseos de volver?». «Puesto que tanto quieres saber —respondiome—, te diré brevemente por qué no temo venir a este abismo. Sólo deben temerse las cosas que pueden redundar en perjuicio de uno, pero no aquellas que no pueden hacerlo. Por la merced de Dios, estoy hecha de tal suerte que no me alcanzan vuestras miserias ni puede prender en mí la llama de este incendio. Hay en el Cielo una dama gentil²⁷ que se conduce del obstáculo opuesto a la persona a quien te envió y que mitiga el duro juicio de la justicia divina. Ella se ha dirigido a Lucía²⁸ con sus ruegos y le ha dicho: "Tu fiel amigo tiene necesidad de ti y te lo recomiendo". Lucía, enemiga de todo corazón cruel, se ha conmovido y ha ido al lugar donde yo me encontraba, sentada al lado de la antigua Raquel²⁹ y me ha dicho: "Beatriz, verdadera alabanza de Dios, ¿no socorres a aquel que te amó tanto y que por ti salió de la vulgar esfera?³⁰ ¿No oyes su queja conmovedora? ¿No ves la muerte contra la que combate, inmerso en el río del pecado, más formidable que el mismo mar?". En el mundo no ha habido jamás persona más pronta a correr hacia su felicidad o más presta a huir de su peligro que yo misma cuando oí esas palabras.

²⁴ Entre las almas del Limbo, suspendidas entre su deseo de ver a Dios y su conocimiento de que nunca lo lograrán. Volveremos sobre el tema en Inf., IV.

²⁵ Beatriz se ha aparecido a Virgilio con una apariencia tan hermosa y tan angelical que el poeta latino le rinde de inmediato el homenaje de su obediencia, en una relación claramente «stilnovista». Beatriz se ha convertido en la *Comedia* en el símbolo del conocimiento de las cosas reveladas, es decir, de la Teología, por la cual el hombre, y en este caso Dante, puede llegar a la felicidad eterna.

²⁶ El Infierno está en el centro de la tierra y es el lugar más bajo del universo, según la concepción topográfica dantesca.

²⁷ Hay diferentes interpretaciones: la Virgen, mediadora de la Gracia o, según otros, la Gracia misma.

²⁸ Lucía, patrona de los ciegos, símbolo de la Gracia iluminativa, guía en la ceguera del pecado.

²⁹ Mujer de Jacob, símbolo de la vida contemplativa, de la misma manera que su hermana Lía lo es de la vida activa.

³⁰ Dentro de la filosofía amorosa «stilnovista», el amor por la donna geruile, por la mujer angelical, eleva al enamorado sobre los demás mortales. Estilística mente, esto se manifiesta en la escuela poética por medio del dulce estilo que lo caracteriza y que Dante ha seguido después de haber conocido a Beatriz y haber encontrado la poética «della lode». Cfr. Introducción «La Vita nuova».

Descendí desde mi dichoso lugar fiándome de esa elocuente palabra que te honra y que honra a cuantos la han oído. Después de haberme hablado de este modo volvió hacia mí sus ojos brillantes, con lo que me hizo partir más presuroso. Y me he dirigido a ti, tal como ha sido su voluntad, y así te he preservado de aquella fiera que te cerraba el camino más corto hacia la montaña. Por tanto, ¿qué tienes?, ¿por qué tardas?, ¿por qué abrigas tanto temor en tu corazón?, ¿por qué no tienes atrevimiento ni valor cuando tres mujeres benditas cuidan de ti en la corte celestial y mis propias palabras te prometen tanto bien?

Y así como las florecillas, inclinadas y cerradas por la escarcha, se abren erguidas en cuanto el Sol las ilumina, así creció mi abatido ánimo e inundó mi corazón tal aliento que exclamé, como un hombre decidido:

—¡Oh, cuán piadosa es la que me ha socorrido! ¡Y tú también, alma bienhechora, que has obedecido con tanta prontitud las palabras de verdad que ella te ha dicho! Con las tuyas has preparado mi corazón de tal suerte y le has comunicado tanto deseo de emprender el gran viaje, que vuelvo a abrigar mi primer propósito. Ve, pues; porque una sola voluntad nos dirige. Tú eres mi guía, mi señor y mi maestro³¹.

Así le dije; y en cuanto echó a andar, entré por el camino profundo y salvaje.

CANTO TERCERO

LA PUERTA DEL INFIERNO. EL VESTÍBULO DE LOS IGNAVOS Y EL PASO DEL AQUERONTE

Pasada la puerta del Infierno, se encuentran en el Vestíbulo, donde los condenados corren eternamente, despreciados tanto por la misericordia como por la justicia. Carón, el barquero infernal, se niega a pasar a Dante, todavía vivo, hasta que Virgilio le obliga a obedecer explicándole el motivo del viaje. Violento terremoto que hace desvanecerse a Dante.

«Por mí se va a la ciudad del llanto, por mí se va al eterno dolor, por mí se va hacia la raza condenada. La justicia movió a mi supremo Hacedor. El divino poder, la suma sabiduría y el, primer amor me hicieron. Antes de mí no hubo nada creado, a excepción de lo inmortal, y yo, a mi vez, duraré eternamente³². ¡Oh, vosotros, los que entráis, abandonad toda esperanza!»³³.

Vi escritas estas palabras con caracteres negros en el dintel de una puerta, por lo cual exclamé:

—Maestro, el significado de esas palabras me causa miedo.

Y él, como hombre lleno de prudencia, me contestó:

—Conviene abandonar aquí todo temor, conviene que aquí termine toda cobardía. Hemos llegado al lugar donde te he dicho que verías a la dolorida gente que ha perdido el bien de la inteligencia³⁴.

Y después de haber puesto su mano en la mía, con rostro alegre que me reanimó, me introdujo en medio de las cosas secretas. Allí, bajo un cielo sin estrellas, resonaban suspiros, quejas y profundos gemidos, de suerte que, apenas hube dado un paso, me puse a llorar. Diversas lenguas, horribles blasfemias, palabras de dolor, acentos de ira, voces altas y roncas acompañadas de palmadas³⁵ producían un tumulto que va rodando

³¹ Es tan desesperado el estado de Dante, que la Gracia es incapaz de moverlo. Afortunadamente, le queda todavía la razón humana, simbolizada por el poeta latino, que podrá conducirlo, en una primera etapa, hasta el punto en que la Gracia pueda volver a ser efectiva.

³² Dios creó el Infierno en un acto de justicia porque el pecado debe ser castigado. Esta creación tuvo lugar con la intervención de las tres personas que forman la Trinidad: el poder del Padre, la infinita caridad del Hijo y la sabiduría del Espíritu Santo.

³³ La creación del Infierno fue un acto que siguió inmediatamente a la caída de Lucifer. Todo lo creado antes, ángeles, cielos y materia prima, es eterno, copio lo es el mismo Infierno. Las cosas corruptibles, entre ellas el hombre, fueron creadas después.

³⁴ Según Aristóteles, el bien de la inteligencia es la verdad. La verdad se identifica con Dios y los condenados lo han perdido.

³⁵ Golpes que se daban a sí mismos los condenados en su desesperación.

siempre por aquel espacio eternamente oscuro, como la arena impelida por un torbellino. Yo, que estaba horrorizado, dije:

—Maestro, ¿qué es lo que oigo y qué gente es ésta, que parece dominada por el dolor?

Me respondió:

—Esta miserable suerte está reservada a las tristes almas de aquellos que vivieron sin merecer alabanza ni vituperio; están confundidas entre el perverso coro de los ángeles que no fueron rebeldes ni fieles a Dios, sino que sólo vivieron para sí³⁶. El Cielo los lanzó de su seno por no ser menos hermoso, pero el profundo Infierno no quiere recibirlos por la gloria que podrían reportar a los demás culpables³⁷.

Y yo repuse:

—Maestro, ¿qué cruel dolor les hace lamentarse tanto?

A lo que me contestó:

—Te lo diré brevemente. Éstos no esperan morir y su ceguera es tanta que se muestran envidiosos de cualquier otra suerte. El mundo no conserva ningún recuerdo suyo y tanto la misericordia como la justicia los desprecian. Pero no hablemos de ellos, sino míralos y pasa adelante³⁸.

Y yo, fijándome más, vi una bandera que iba ondeando tan de prisa que parecía desdeñosa del menor reposo; tras ella venía tanta muchedumbre que no hubiera creído que la muerte hubiera destruido a tan gran número. Después de haber reconocido a algunos miré más fijamente y vi la sombra de aquel que por cobardía hizo la gran renuncia³⁹. Comprendí inmediatamente y adquirí la certeza de que aquella turba era la de los ruines que se hicieron desagradables a los ojos de Dios y a los de sus enemigos. Aquellos desgraciados, que no supieron vivir nunca, estaban desnudos y eran molestados sin tregua por las picaduras de las moscas y avispas que por allí había⁴⁰, las cuales hacían correr por sus rostros la sangre que mezclada con sus lágrimas era recogida a sus pies por asquerosos gusanos.

Habiendo dirigido mis miradas a otra parte, vi nuevas almas a la orilla de un gran río, por lo cual dije:

—Maestro, dignate manifestarme por qué ley parecen éstos tan ansiosos de atravesar el río, según puedo ver a favor de esta débil claridad.

Y él me respondió:

—Te lo diré cuando pongamos nuestros pies sobre la triste orilla del Aqueronte⁴¹.

Entonces, avergonzado y con los ojos bien bajos, temiendo que le disgustasen mis preguntas, me abstuve de hablar hasta que llegamos al río. En aquel momento vimos un anciano cubierto de canas que se dirigía hacia nosotros en una barquichuela, gritando: «¡Ay de vosotros, almas perversas! No esperéis ver nunca el Cielo. Vengo para conducirlos a la otra orilla, donde reinan eternas tinieblas, en medio del calor y del frío. Y

³⁶ La Biblia no nos habla de estos ángeles que ni se rebelaron contra Dios ni se opusieron a Lucifer.

³⁷ El Cielo no quiere a estos ángeles indecisos por no disminuir su perfección; el Infierno tampoco para que no compartan el mismo castigo los ángeles rebeldes y los indiferentes.

³⁸ Dante los desprecia por su incapacidad de moverse tanto hacia el bien como hacia el mal; de ahí que estén desdibujados, grises, sin nombre. Desprecio que contrasta con el interés, el odio e incluso la simpatía con que trata a otros condenados que con sus acciones consiguieron dejar memoria en este mundo. Ni la misericordia de Dios se apiada de ellos ni la justicia divina los condena al Infierno.

³⁹ Otro personaje de difícil identificación. Los comentaristas van desde Esaú (que renunció a la primogenitura) a Pilatos (que renunció a defender a un justo), a Juliano el Apóstata, etc. Interesante la hipótesis de los que lo identifican con el ermitaño Pietro da Morrone, quien, elegido papa con el nombre de Celestino V, renunció al Papado en un acto de humildad, pero cuya renuncia facilitó la elección de Bonifacio VIII, culpable directo, según Dante, de la ruina de Florencia y de la postración en que se encontraba la Iglesia, así como de los sufrimientos personales de nuestro poeta.

⁴⁰ Los que no habían sido agujados en vida por ningún deseo o razón (de ahí que «no hubieran vivido nunca») son aquí agujados eternamente. Es el primer ejemplo que encontramos en la Comedia de la correspondencia que establece siempre Dante entre la culpa y el castigo.

⁴¹ Uno de los ríos infernales, tomado de Virgilio (*Aen.*, V, 295 y sigs.), quien a su vez lo tomó de Homero (*Odisea*, X, 513 y sigs.)

tú, alma viva, que te presentas aquí: aléjate de entre esas que están muertas». Pero cuando vio que yo no me movía, dijo: «Llegarás a la playa por otra orilla, por otro puerto, mas no por aquí. Para llevarte se necesita una barca más ligera»⁴².

Y mi guía le dijo:

—Carón, no te irrites. Así ha sido dispuesto allí donde se puede todo lo que se quiere. Y no preguntes más⁴³.

Entonces se aquietaron las velludas mejillas del barquero de las lívidas lagunas, que tenía círculos de llamas alrededor de sus ojos. Pero aquellas almas, que estaban desnudas y fatigadas, no bien oyeron tan terribles palabras, cambiaron de color, rechinando los dientes, blasfemando de Dios, de sus padres, de la especie humana, del sitio y del día de su nacimiento, de la prole de su prole y de su descendencia. Después se retiraron todas juntas, llorando fuertemente, hacia la orilla maldita en donde se espera a todo aquel que no teme a Dios. Carón, con los ojos de ascuas, haciendo una señal, las fue reuniendo, golpeando con su remo a las que se rezagaban; y así como en otoño van cayendo las hojas una tras otra hasta que las ramas han devuelto a la tierra todos sus despojos, del mismo modo la malvada raza de Adán se lanzaba una a una desde la orilla a aquella señal, como pájaro que acude al reclamo⁴⁴. De esta suerte se fueron alejando por las negras ondas; pero antes de que hubieran saltado a la orilla opuesta se reunió otra nueva muchedumbre en la que aquéllas habían dejado.

—Hijo mío —me dijo el cortés Maestro—, los que mueren en la cólera de Dios acuden aquí de todos los países y se apresuran a atravesar el río, espoleados de tal suerte por la justicia divina, que su temor se convierte en deseo. Por aquí no pasa nunca un alma pura; por lo cual, si Carón se irrita contra ti, ya conoces ahora el motivo de sus desdeñosas palabras.

Apenas hubo terminado, tembló tan fuertemente la sombría campiña que el recuerdo del espanto que sentí aún me inunda la frente de sudor. De aquella tierra de lágrimas salió un viento que produjo rojizos relámpagos, haciéndome perder el sentido y caer como un hombre sorprendido por el sueño.

CANTO CUARTO

PRIMER CÍRCULO: EL LIMBO. NIÑOS INOCENTES, PATRIARCAS Y HOMBRES ILUSTRES DE LA ANTIQUEDAD

Recuperado de su desmayo, Dante se encuentra al otro lado del río. Siguiendo a Virgilio llega al Limbo, residencia de ultratumba de los no bautizados y de los paganos virtuosos. Virgilio cuenta la bajada de Cristo a los infiernos. Después visitan a los grandes hombres de la antigüedad, héroes, poetas y sabios.

Interrumpió mi profundo sueño un trueno tan fuerte que me estremecí como hombre a quien se despierta a la fuerza. Me levante y, dirigiendo una mirada en derredor mío, fijé la vista para reconocer el lugar en que me hallaba. Vime junto al borde del triste valle, abismo de dolor, en que resuenan infinitos ayes confundidos en un solo fragor. El abismo era tan profundo, oscuro y nebuloso que en vano fijaba mis ojos en su fondo, pues no distingue cosa alguna.

⁴² En Purg., II y XV, entenderemos estas palabras: las almas de los que se salvan son llevadas en «más ligera barca» al Purgatorio.

⁴³ Carón, hijo de Erebus y de la Noche, el barquero que transportaba las almas de los condenados a través de los ríos infernales. La descripción que nos da Dante se corresponde perfectamente con las palabras de Virgilio: «Portitor has horrendus aquas et ilumina servat / terribili squallore Charon, cui plurima mento / canities inculta iacet, stant lumina flamma, / sordidus ex umeris nodo dependet amictus» (*Aen.*, VI, 298 y sigs.). Es el primero de los personajes mitológicos que usa Dante para asignarle un deber en el Infierno. No son exactamente ni demonios ni condenados, sino imágenes de los diferentes apetitos desordenados, y presiden los círculos infernales correspondientes a sus perversas naturalezas.

⁴⁴ También la magnífica imagen de la caída de las hojas en otoño está tomada de la *Eneida*, así como la continuación en que compara a las almas apiñadas con los pájaros que acuden a los reclamos (XI, 305-312).

—Ahora descendamos allá abajo, al tenebroso mundo — me dijo el Poeta, muy pálido—; yo iré primero, tú el segundo.

Yo, que había advertido su palidez, le respondí:

—¿Cómo he de ir yo, si tú, que sueles desvanecer mis incertidumbres, te atemorizas?

Y él repuso:

—La angustia de los desgraciados que están ahí abajo refleja en mi rostro una piedad que tú tomas por terror. Vamos, pues; que la longitud del camino exige que nos apresuremos.

Y sin decir más penetró y me hizo entrar en el primer círculo que rodea el abismo. Allí, según pude advertir, no se oían quejas, sino sólo suspiros que hacían temblar la eterna bóveda y que procedían de la pena sin tormento de una inmensa multitud de hombres, mujeres y niños. El buen Maestro me dijo:

—¿No me preguntas qué espíritus son los que estamos viendo? Quiero, pues, que sepas, antes de seguir adelante, que éstos no pecaron y aunque han ganado méritos en la vida no es suficiente, pues no recibieron el agua del bautismo que es la puerta de la Fe que forma tu creencia. Y si vivieron antes del cristianismo, no adoraron a Dios como debían. Yo también soy uno de ellos. Por tal falta, y no por otra culpa, estamos condenados. Nuestra pena consiste en vivir con un deseo sin esperanza.

Un gran dolor afligió mi corazón cuando oí esto, porque conocí a personas de muchos méritos que estaban suspensas en el Limbo⁴⁵.

—Dime, Maestro y señor mío —le pregunté para afirmarme más en esta Fe que triunfa sobre todo error—, ¿alguna de esas almas ha podido, bien por sus méritos o por los de otro, salir del Limbo y alcanzar la bienaventuranza?

Y él, que comprendió mis palabras encubiertas y oscuras, respondió:

—Yo era recién llegado a este sitio⁴⁶ cuando vi venir a un Ser poderoso, coronado con la señal de la victoria⁴⁷. Hizo salir de aquí el alma del primer padre, y la de Abel, su hijo, y la de Noé; la del legislador Moisés, la del obediente patriarca Abrahán y la del rey David; a Israel, con su padre y con sus hijos, y a Raquel, por quien aquél hizo tanto⁴⁸, y a otros muchos a quienes otorgó la bienaventuranza; pues debes saber que, antes de ellos, no se salvaban almas humanas.

Mientras así hablaba no dejábamos de andar, sino que seguíamos atravesando la espesa selva que formaban los espíritus apiñados. Aún no estábamos muy lejos de la entrada del abismo cuando vi un resplandor que triunfaba del hemisferio de las tinieblas: nos encontrábamos todavía a bastante distancia, pero no tanta que no pudiera yo distinguir que aquel sitio estaba ocupado por personas dignas.

—¡Oh, tú, que honras toda ciencia y todo arte!⁴⁹ ¿Quiénes son esos cuyo valimiento debe ser tanto que así están separados de los demás?

Y él a mí:

—La honrosa fama que aún se conserva de ellos en el mundo que habitas los hace acreedores a esta gracia del Cielo que de tal suerte los distingue.

Entonces oí una voz que decía: «¡Honrad al sublime poeta; he aquí su alma, que se había separado de nosotros!». Cuando calló la voz vi venir a nuestro encuentro cuatro

⁴⁵ No pueden salvarse los que no han conocido a Cristo. Sin embargo, al contrario de los personajes que hemos encontrado en el canto anterior, los habitantes de este círculo han elegido, con la sola luz de la razón, el camino de la virtud. Por ello tienen su premio: están gozando en el más allá que el paganismo imaginó. Alegóricamente, la sola fuerza de la razón no puede ir más lejos: pueden conseguir la felicidad de este mundo, no la de la eternidad, para la que tienen que consumarse Gracia, Fe y Razón. Dante vuelve sobre este problema en *Purgatorio*, Cantos VII y XXII, y en *Paraíso*, Cantos XIX y XX.

⁴⁶ No hacía mucho tiempo que había muerto Virgilio cuando tuvo lugar la muerte de Jesucristo y su bajada a los infiernos, años 19 a. C. y 33 d. C., respectivamente.

⁴⁷ «Posuitque Dominus crucem suam in medio inferni, quae est signum victoriae», Evangelio de Nicodemo.

⁴⁸ Israel es el patriarca Jacob; su padre Isaac, sus doce hijos, cabezas de las doce tribus, y su mujer, Raquel, hija de Labán, a quien Jacob estuvo sirviendo durante catorce años para merecerla como esposa.

⁴⁹ Ciencia, fundamento de la poesía, y arte (retórica y técnica) eran los atributos del poeta, según la estética medieval.

grandes sombras, cuyos rostros no manifestaban tristeza ni alegría. El buen maestro comenzó a decirme:

—Mira aquel que tiene una espada en la mano y viene a la cabeza de los otros tres, como su señor. Ese es Homero, poeta soberano. El otro es el satírico Horacio. Ovidio es el tercero y el último Lucano. Cada cual merece, como yo, el nombre que antes pronunciaron unánimes; me honran y hacen bien⁵⁰.

De este modo vi reunida la hermosa compañía de aquel príncipe del sublime canto que vuela como el águila sobre todos los demás⁵¹.

Después de haber estado conversando entre sí un rato, se volvieron hacia mí dirigiéndome un amistoso saludo, que hizo sonreír a mi Maestro y concediéndome después la honra de admitirme en su compañía, de suerte que fui el sexto entre aquellos grandes genios. Así fuimos andando hasta donde estaba la luz, hablando de cosas que es bueno callar, como bueno era hablarlas en el sitio en que nos encontrábamos⁵². Llegamos al pie de un noble castillo, rodeado siete veces de altas murallas y defendido todo alrededor por un bello riachuelo⁵³. Pasamos sobre éste como sobre tierra firme y atravesando siete puertas con aquellos sabios llegamos a un prado de fresca verdura. Allí había personajes de mirada tranquila y grave, cuyos semblantes revelaban una gran autoridad, hablaban poco y con voz suave. Nos retiramos luego hacia un extremo de la pradera, a un sitio despejado, alto y luminoso, donde podían verse todas aquellas almas. Allí, en pie sobre el verde esmalte, me fueron señalados los grandes espíritus cuya contemplación me hizo estremecer de alegría⁵⁴. Allí vi a Electra con muchos de sus descendientes, entre los que conocí a Héctor y a Eneas; después a César, armado, con sus penetrantes ojos. Vi en otra parte a Camila y a Penthesilea, y vi al rey Latino, que

⁵⁰ Empieza aquí la relación de los grandes hombres que vivieron antes de la Redención y que, por tanto, no pueden salvarse, aunque se distinguieron y alcanzaron fama eterna por su sabiduría, sus virtudes o sus hechos de armas. Dante no conocía a Homero directamente, pero sí a través de las citas y alabanzas de los autores latinos. Horacio es citado como autor de las sátiras. Estos aquí presentes y Estacio, a quien encontraremos en el Purgatorio, eran los poetas clásicos más conocidos y admirados por la época de Dante. En Purgatorio, XII, encontraremos una lista más conspicua de grandes poetas griegos y latinos.

⁵¹ Es Homero, que viene delante de los demás portando la espada de la poesía épica, príncipe de los poetas, en palabras de Virgilio.

⁵² Suponemos que hablando de la profesión común, la poesía, que sería inoportuno repetir aquí. No se encuentra ninguna otra explicación en los diferentes comentaristas que he consultado.

⁵³ El noble castillo es la sabiduría, rodeado por los siete muros de las siete ramas del conocimiento: física, metafísica, ética, política, economía, matemáticas y dialéctica. Otros comentaristas prefieren ver una alusión a las siete artes liberales.

⁵⁴ Empieza una larga lista, muy del gusto de la literatura didáctica, recurso que nos sirve para conocer la valoración que el hombre medieval hacía de la historia, la leyenda y la mitología, en un *totum revolutum* tópico al que no podía escapar nuestro poeta. Electra, madre de Dárdano, el fundador de Troya. Penthesilea, reina de las Amazonas. Latino, rey del Lacio, esposo de Amata y padre de Lavinia. Siguiendo las admoniciones de un oráculo, Lavinia fue prometida a Eneas, rompiéndose así la promesa hecha anteriormente a Turno. Derrotado éste, el troyano y la princesa latina se unen en matrimonio y Eneas sucederá a Latino a su muerte. Bruto derrocó la monarquía romana en la persona de Tarquino el Soberbio. A este hecho va unido el nombre que aparece a continuación. Lucrecia, esposa de Lucio Tarquino Collatino, la que, ultrajada por Sexto Tarquino, hijo del rey de Roma, se mató para limpiar su honor, lo que llevó a la revolución de Lucio Junio Bruto (Livio, *Ab Urb.*, 1, 57-60). Julia, hija de César; por razones políticas, César la obliga a divorciarse de Cornelio Caepio y la casa con Pompeyo. Lucano lamenta que su temprana muerte (54 a. C.) hubiera hecho imposible la reconciliación entre Pompeyo y César, lo que condujo a la guerra civil (*Farsalia*, 1. iii, 20). Marcia, hija de Lucio Mario Filipo y segunda esposa de Catón de Útica. También es Lucano quien nos cuenta que, tras el nacimiento de su tercer hijo, Catón la cede a su amigo Hortensio, porque pensaba que la única razón del matrimonio era la procreación. Tras la muerte de Hortensio, Catón vuelve a desposarla. Cornelia, hija de Escipión el Africano, esposa de Tiberio Sempronio Graco y madre de los dos famosos tribunos Tiberio y Cayo. Prototipo de la austeridad de la matrona romana durante la época de la República. Saladino (Yusuf Salah-ed-din, 1138-1193), el gran sultán fundador de la dinastía ayubita de Egipto. Fue el gran oponente de los cristianos en las Cruzadas, pero aun así Dante lo coloca entre los grandes hombres del Limbo; efectivamente, la fama de su prodigalidad y buen gobierno fue proverbial durante la Edad Media. Lo cita igualmente en el *Convivio* (IV, xi, 14), figura en dos cuentos de Boccaccio (1, 3 y X, 9) y en varios cuentos de las *Cento novelle antiche*. El «maestro de los que saben» es Aristóteles. El filósofo Demócrito sostenía que el mundo se había formado por la unión casual de los átomos; Dante obtuvo este conocimiento por Cicerón (*De nat. deor.*, 1, 24). Junto a estos nombres de personajes históricos coloca a Orfeo y a Lino, personajes míticos, músicos y poetas. Averroes es el filósofo «que hizo el gran comentario» de Aristóteles.

estaba sentado al lado de su hija Lavinia; vi a aquel Bruto que arrojó a Tarquino de Roma; a Lucrecia también, a Julia, a Marcia y a Cornelia y a Saladino, que estaba solo y separado de los demás. Habiendo levantado después la vista, vi al maestro de los que saben, sentado entre su filosófica familia. Todos lo admiran, todos lo honran; vi además a Sócrates y a Platón, que estaban más próximos a aquél que a los demás; a Demócrito, que pretende que el mundo ha tenido por origen la casualidad; a Diógenes, a Anaxágoras y a Tales, a Empédocles, a Heráclito y a Zenón: vi al buen observador de la cualidad, es decir, a Dioscórides, y vi a Orfeo, a Tulio y a Lino, y al moralista Séneca; y al geómetra Euclides, a Tolomeo, Hipócrates, Avicena y Galeno, y a Averroes, que hizo el gran comentario. No me es posible acordarme de todos, porque me arrastra el largo tema que he de seguir y muchas veces las palabras son breves para el asunto. Bien pronto la compañía de seis queda reducida a dos: mi sabio guía me conduce por otro camino fuera de aquella inmovilidad hacia un aura temblorosa, y llegamos a un punto privado totalmente de luz.

CANTO QUINTO

SEGUNDO CÍRCULO: LOS LUJURIOSOS.

MINOS. PECADORES CARNALES. FRANCESCA DE RÍMINI

Bajaba al segundo Círculo, que es la primera estancia de los incontinentes. A su entrada se encuentra Minos, el juez infernal, enviando a las almas al castigo correspondiente a cada pecado. Vencida su oposición a dejar entrar a Dante al declarar Virgilio la suprema voluntad que lo manda así, los viajeros entran para observar a los lujuriosos arrastrados por un torbellino, imagen equivalente de la pasión que los arrastró en esta vida. Tras una rápida visión de los amantes más famosos de la antigüedad, Francesca de Rímini cuenta a Dante su historia. En este círculo y en los tres siguientes están castigados los que, más que elegir el mal, no tuvieron fuerzas suficientes para elegir el bien.

Así descendí del primer Círculo al segundo, que contiene menos espacio pero mucho más dolor, y dolor punzante, que origina desgarradores gritos. Allí estaba el horrible Minos⁵⁵, que, rechinando los dientes, examinaba las culpas de los que entraban, juzgaba y daba a comprender sus órdenes por medio de las vueltas de su cola. Es decir, que cuando se presenta a él un alma pecadora y le confiesa todas sus culpas, aquel gran conocedor de los pecados ve qué lugar del Infierno debe ocupar y se lo designa ciñéndose al cuerpo la cola tantas veces cuantas sea el número del Círculo a que debe ser enviada. Ante él están siempre muchas almas acudiendo por turno para ser juzgadas: hablan y escuchan y después son arrojadas al abismo.

—¡Oh, tú, que vienes a la mansión del dolor! me gritó Minos cuando me vio, suspendiendo sus funciones—; mira cómo entras y de quién te fías; no te alucine lo anchuroso de la entrada.

Entonces mi guía le preguntó:

—¿Por qué gritas? No te opongas a su viaje, ordenado por el destino; así lo han dispuesto allí donde se puede lo que se quiere. Y no preguntes más.

Luego empezaron a dejarse oír voces plañideras y llegué a un sitio donde hirieron mis oídos grandes lamentos. Entrábamos en un lugar que carecía de luz y que rugía como el mar tempestuoso cuando está combatido por vientos contrarios. La tromba infernal, que no se detiene nunca, envuelve en su torbellino a los espíritus, les hace dar vueltas continuamente y los agita y los molesta. Cuando se encuentran ante la ruinosa roca que los encierra, allí son los gritos, los llantos y los lamentos, y las blasfemias contra la virtud

⁵⁵ Rey de Creta, legislador y, tras su muerte, juez de los infiernos. Puede ser igualmente la imagen de la conciencia, ya que las almas se condenan basándose en la aceptación de sus propias culpas. Si el pecado puede ser un autoengaño, la condena debe ser una autocondena; por eso todas las almas que encuentra Dante en su viaje le dicen la verdad sobre sí mismas.

divina. Supe que estaban condenados a semejante tormento los pecadores carnales⁵⁶ que sometieron la razón a sus lascivos apetitos; y así como los estorninos vuelan en grandes y compactas bandadas en la estación del frío, así aquel torbellino arrastra a los espíritus malvados llevándolos de acá para allá y de arriba a abajo, sin que abriguen nunca la esperanza de tener un momento de reposo ni de que su pena se aminore. Y del mismo modo que las grullas van lanzando sus tristes acentos, formando todas una prolongada hilera en el aire, así también vi venir, exhalando gemidos, a las sombras arrastradas por aquella tromba⁵⁷. Por lo cual pregunté:

—Maestro, ¿qué almas son esas a quienes de tal suerte castiga ese aire negro?

—La primera de esas de quienes deseas noticias —me dijo entonces— fue emperatriz de una multitud de pueblos donde se hablaban diferentes lenguas, y tan dada al vicio de la lujuria que permitió en sus leyes todo lo que incitaba al placer para ocultar de ese modo la abyección en que vivía. Es Semíramis⁵⁸, de quien se lee que sucedió a Nino y fue su esposa, y reinó en la tierra de que hoy es dueño el Sultán. La otra es la que se mató por amor y quebrantó la fe prometida a las cenizas de Siqueo⁵⁹. Después sigue la lasciva Cleopatra. Ve también a Helena, que dio lugar a tan funestos tiempos⁶⁰, y ve al gran Aquiles⁶¹, que al fin tuvo que sucumbir por amor. Ve a Paris y a Tristán...⁶².

Y más de mil sombras me fue enseñando y designando con el dedo, a quienes Amor había hecho salir de esta vida. Cuando oí a mi sabio nombrar a las antiguas damas y caballeros me sentí dominado por la piedad y quedé como aturdido. Empecé a decir:

—Poeta, quisiera hablar a aquellas dos almas que van juntas y parecen más ligeras que las otras impelidas por el viento.

Y él me contestó:

—Espera que estén más cerca de nosotros y entonces ruégales, por el amor que las conduce, que se dirijan hacia ti.

Tan pronto como el viento las impulsó hacia nosotros, alcé la voz diciendo:

—¡Oh, almas atormentadas!, venid a hablarnos, si otro no se opone a ello.

Así como dos palomas, excitadas por sus deseos, se dirigen con las alas abiertas y firmes hacia el dulce nido, llevadas con el aire por una misma voluntad, así salieron aquellas dos almas de entre la multitud donde estaba Dido, dirigiéndose hacia nosotros a través del aire malsano, atraídas por mi eficaz y afectuoso llamamiento.

—¡Oh, ser gracioso y benigno, que vienes a visitar en medio de este aire negruzco a los que hemos teñido el mundo de sangre! Si fuéramos amados por el Rey del universo,

⁵⁶ Los lujuriosos. El lenguaje se concentra en los pecados de la carne, aunque el simbolismo pueda ser más amplio. Los pecadores de este círculo han pecado también por amor y por eso su pecado es el menos odioso y su castigo el más leve. Otros pecados similares, pero en los que el amor no toma parte, se encuentran a mayor profundidad.

⁵⁷ Las almas encontradas aquí han sido arrastradas por la pasión en este mundo y ahora están arrastradas por la eternidad por el viento negro, sin forma y sin luz. Si el castigo es la contraparte del pecado, podemos ver en el viento el mismo ciego torbellino de la pasión, pero experimentado sin ilusión alguna.

⁵⁸ Semíramis, reina de Asiria, esposa de Nino, fundador del imperio de Nínive. «Emperatriz... de diferentes lenguas», porque Babilonia estaba comprendida dentro de su imperio. Es un error de Dante decir, como hace a continuación, que reinó en la tierra que hoy es del Sultán, confundido sin duda con la Babilonia de Egipto.

⁵⁹ Dido o Elisa, hija de Belus, rey de Tiro, casada con Siqueo. Muerto éste, huye a África, donde funda Cartago. Virgilio la hace contemporánea de Eneas, de quien se enamora cuando el fugitivo troyano llega a Cartago. Cuando Eneas, siguiendo su destino, continúa su viaje a Italia, Dido se suicida.

⁶⁰ Alusión a la guerra de Troya, de la que Helena fue causa indirecta.

⁶¹ El héroe de la *Ilíada* está visto aquí de acuerdo con la tradición medieval transmitida por el *De bello Troiano*, de Dictis Cretense, y el *De exidio Troiae*, de Darete Frigio, obras por las que se conocía en la Edad Media el argumento del poema de Homero. Según esta tradición, Aquiles fue muerto a traición en el templo de Apolo en Troya, donde había acudido para encontrarse con Polixena, hija del rey Príamo, de quien estaba enamorado.

⁶² Paris muere en la guerra de Troya, de la que fue causante por el rapto de Helena. Tristán es el héroe de varias narraciones del cielo artúrico, «li plus puissant chevalier qui oncques fut en la grant Bretagne devant le roi Artu e après». Enamorado de Isolda, prometida del rey Marco, es sorprendido por éste, que lo hiere mortalmente. Cuando pide ver a Isolda por última vez, la abraza con tal fuerza que le rompe el corazón y los dos amantes mueren juntos. Aunque existía una versión toscana del siglo XIII, Dante probablemente conoció las narraciones artúricas en *langue d'oïl*.

le rogaríamos por tu tranquilidad, ya que te compadeces de nuestro acerbo dolor. Todo lo que te agrade oír y decir te lo diremos y escucharemos con gusto mientras siga el viento tan tranquilo como ahora⁶³. La tierra donde nací está situada en la costa donde desemboca el Po con todos sus afluentes para descansar en el mar. Amor, que se apodera pronto de un corazón gentil, hizo que éste se prendara de aquel hermoso cuerpo que me fue arrebatado, de un modo que aún me atormenta. Amor, que no dispensa de amar al que es amado, hizo que me entregara vivamente al placer de que se embriagaba éste, que, como ves, no me abandona nunca. Amor nos condujo a la misma muerte. Caína⁶⁴ espera al que nos arrancó la vida.

Tales fueron las palabras de las dos sombras. Al oír a aquellas almas heridas bajé la cabeza, y la tuve inclinada tanto tiempo que el Poeta me dijo:

—¿En qué piensas?

—¡Ah! —exclamé al contestarle—, ¡cuán dulces pensamientos, cuántos deseos los han conducido a este sitio doloroso!

Después me dirigí a ellos diciéndoles:

—Francesca, tus palabras me hacen derramar tristes y compasivas lágrimas. Pero dime: en tiempo de los dulces suspiros, ¿cómo os permitió Amor conocer vuestros secretos deseos?

Ella contestó:

—No hay mayor dolor que acordarse del tiempo feliz en la miseria, y eso lo sabe bien tu Maestro. Pero si tienes tanto deseo de saber cuál fue el principal origen de nuestro amor, haré como el que habla y llora a la vez. Leámos un día por pasatiempo las aventuras de Lanzarote⁶⁵ y de qué modo cayó en las redes del amor; estábamos solos y sin abrigar sospecha alguna. Aquella lectura hizo que nuestros ojos se buscaran muchas veces y que palidciera nuestro semblante; mas un solo pasaje fue el que decidí de nosotros: cuando leímos que la deseada sonrisa de la amada fue interrumpida por el beso del amante, éste, que jamás se ha de separar de mí, me besó tembloroso en la boca. El libro y quien lo escribió fue para nosotros otro Galeoto⁶⁶; aquel día ya no leímos más. Mientras que un alma decía esto, la otra lloraba de tal modo que yo, movido de compasión, desfallecí como si me muriera y caí como cae un cuerpo inanimado.

⁶³ Quien habla es Francesca, hija de Guido da Polenta, señor de Rávena, casada con Gianciotto Malatesta, señor de Rímini, ser deforme y malvado. Enamorada del hermano de Gianciotto, Paolo, fueron sorprendidos por el marido, que los mató atravesándolos con un solo golpe de espada. Esta simple historia da pie a Dante para la explicación detallada del enamoramiento y los efectos del amor según la filosofía del Dolce Stil Novo. En las palabras de Francesca, que parece hablar no de su experiencia personal, sino del trasfondo cultural de esta filosofía, encontramos los elementos ideológicos que habían dado lugar a la poesía trovadoresca y a los *romans* del ciclo artúrico. Efectivamente, el amor se apoderó de los dos amantes mientras leían juntos la historia de Lanzarote. Esta doctrina queda resumida así: un corazón gentil, noble y bueno tiende de manera natural al amor, de la misma manera que un corazón innoble es incapaz de experimentar este sentimiento. El mismo Dante lo había expuesto en uno de sus sonetos, «Amor e'l cor gentil sono una cosa». En la continuación de las palabras de Francesca se repite la idea: el verdadero amor gentil no permite que quien es amado no corresponda con el mismo sentimiento. Sobre los efectos del amor, además del tratamiento literario a que ya hemos hecho referencia, habían escrito numerosos tratadistas, el más conocido de los cuales, Andres Cappellanus (*De Amore*), ejerció una notable influencia sobre los poetas de la escuela stilnovista, a la que pertenecía Dante.

⁶⁴ La primera de las cuatro divisiones concéntricas del último círculo del Infierno, donde son castigados los traidores de sus propios consanguíneos (Canto XXXII).

⁶⁵ Héroe del toman bretón Lancelot du Lac, «la flor des chevaliers del monde». En Camelot se enamora de la reina Ginevra, esposa de Arturo. Por este amor culpable fracasará en la búsqueda del Santo Grial.

⁶⁶ Galehaut, escudero de Lanzarote, favorece en el roman los amores del héroe y Ginevra.

CANTO SEXTO

TERCER CÍRCULO: LOS GLOTONES. CERBERO, CIACCO Y SU PROFECÍA

En el tercer Círculo se encuentran los glotones, anegados en el cieno, la lluvia y el granizo, continuamente amedrentados por el trifauce Cerbero. Apaciguado éste, Dante puede hablar con su compatriota Ciacco, que le profetiza los desastres que amenazan a Florencia y las penas que sufren o aguardan a otros protagonistas de la situación florentina. El amor hacia otros, que justificaba hasta cierto punto a los condenados en el Círculo anterior, desaparece en éste, y empezamos a encontrar el amor por uno mismo, simbolizado aquí por la glotonería. Sin reciprocidad, sin posibilidad de comunicación, cada una de las almas se encuentra aislada y hundida en el fango.

Al recobrar los sentidos, que perdí por la tristeza y la compasión que me causó la suerte de los dos cuñados, vi en derredor mío nuevos tormentos y nuevas almas atormentadas doquier iba y doquier me volvía o miraba. Me encontraba en el tercer Círculo, en el de la lluvia eterna, maldita, fría y densa, que cae siempre igualmente copiosa y con la misma fuerza. Espesos granizos, agua negruzca y nieve descienden en turbión a través de las tinieblas; la tierra, al recibirlos, exhala un olor pestífero. Cerbero⁶⁷, fiera cruel y monstruosa, ladra con sus tres fauces de perro contra los condenados que están allí sumergidos. Tiene los ojos rojos, los pelos negros y cerdosos, el vientre ancho y las patas guarnecidas de uñas que clava en los espíritus, les desgarran la piel y los descuartiza. La lluvia los hace aullar como perros; los miserables condenados defienden sus cuerpos ofreciendo a la lluvia la parte no mojada y se revuelven sin cesar. Cuando nos descubrió Cerbero, el miserable gusano abrió las bocas enseñándonos sus colmillos; todos sus miembros estaban agitados. Entonces mi guía extendió las manos, cogió tierra y la arrojó a puñados en las fauces ávidas de la fiera. Y del mismo modo que un perro se deshace ladrando y se apacigua cuando muerde su presa, ocupado tan sólo en devorarla, así también el demonio Cerbero cerró sus impuras bocas, cuyos ladridos causaban el aturdimiento de las almas, que quisieran quedarse sordas. Pasamos por encima de las sombras aplastadas por la incesante lluvia, poniendo nuestros pies sobre sus fantasmas, que parecían cuerpos humanos. Todas yacían por el suelo, excepto una que se levantó con presteza para sentarse cuando nos vio pasar ante ella.

—¡Oh, tú, que has venido a este Infierno! —me dijo—, reconóceme si puedes. Tú naciste antes de que yo muriese.

Yo le contesté:

—La angustia que te atormenta es quizá causa de que no me acuerde de ti; me parece que no te he visto nunca. Pero dime, ¿quién eres tú, que a tan triste lugar has sido conducido y condenado a un suplicio que, si hay otro mayor, no será por cierto tan desagradable?

Contestome:

—Tu ciudad, tan llena hoy de envidia que ya colma la medida, me vio en su seno en vida más serena. Vosotros, los habitantes de esa ciudad, me llamasteis Ciacco⁶⁸. Por el reprehensible pecado de la gula me veo, como ves, sufriendo esta lluvia. Yo no soy aquí la única alma triste; todas las demás están condenadas a igual pena por la misma causa.

Y no pronunció una palabra más. Yo le respondí:

—Ciacco, tu martirio me conmueve tanto que me hace verter lágrimas. Pero dime, si es que lo sabes: ¿en qué pararán los habitantes de esa ciudad tan dividida en facciones? Dime por qué razón se ha introducido en ella la discordia.

Me contestó:

⁶⁷ Cerbero, con sus tres fauces, es el símbolo del apetito incontrolado.

⁶⁸ Personaje florentino del que poco sabemos. Descarado parásito e impenitente glotón debió ser y como tal nos lo presenta Boccaccio (Decameron, IX, 8), aunque también nos dice que era persona de buena educación y agradable ingenio, «assai costumato e tutto pieno di belli e di piacevoli motti». Así debió de ser, porque Dante lo trata con respeto y lo usa para poner en su boca un serio discurso sobre la situación de Florencia.

—Después de grandes debates, llegarán a verter su sangre y el partido salvaje arrojará al otro partido causándole grandes pérdidas⁶⁹. Luego será preciso que el partido vencedor sucumba al cabo de tres años y que el vencido se eleve, merced a la ayuda de aquel que ahora está disimulando⁷⁰. Esta facción llevará la frente erguida durante mucho tiempo, teniendo bajo su férreo yugo a la otra por más que ésta se lamente y avergüence. Aún hay dos justos, pero nadie los escucha: la soberbia, la envidia y la avaricia son las tres antorchas que han inflamado los corazones.

Aquí dio Ciaccio fin a su lamentable discurso y yo le dije:

—Todavía quiero que me informes y me concedas algunas palabras. Dime dónde están y dame a conocer a Farinata y al Tegghiaio, que fueron tan dignos; a Jacobo Rusticucci, Arigo y Mosca y a otros que se dedicaban a hacer bien, pues siento un gran deseo de saber si están entre las dulzuras del Cielo o entre las amarguras del Infierno⁷¹.

A lo que me contestó:

—Están entre las almas más perversas, porque a consecuencia de otros pecados los han arrojado a un círculo más profundo; si bajas hasta allí, podrás verlos. Pero cuando vuelvas al dulce mundo, te ruego que hagas porque en él se renueve mi recuerdo. Y no te digo ni te respondo más.

Entonces volvió los ojos, que había tenido fijos; miróme un momento y luego inclinó la cabeza y volvió a caer entre los demás ciegos. Mi guía me dijo:

—Ya no volverá a levantarse hasta que se oiga el sonido de la angélica trompeta para presentarse a Juicio ante Cristo. Cada cual encontrará entonces su triste tumba; recobrará sus carnes y su figura; y oirá el juicio que debe resonar por toda una eternidad. Así fuimos atravesando aquella impura mezcla de sombras y de lluvia, con paso lento, razonando un poco sobre la vida futura. Por lo cual dije:

—Maestro, ¿estos tormentos serán mayores después de la gran sentencia, o bien menores, o seguirán siendo igual de dolorosos?

Y él a mí:

—Acuérdate de tu ciencia⁷², que pretende que cuanto más perfecta es una cosa, tanto mayor bien o dolor experimenta. Aunque esta raza maldita no debe jamás llegar a la verdadera perfección, espera ser después del Juicio más perfecta que ahora.

Continuamos hablando de otras cosas que no refiero y llegamos al sitio por donde se descende. Allí encontramos a Plutón, el gran enemigo.

CANTO SÉPTIMO

CUARTO CÍRCULO: LAS ALMAS DE LOS AVAROS Y DE LOS PRÓDIGOS. PLUTÓN.
PENAS A QUE ESTÁN CONDENADOS. LA FORTUNA

Tras vencer la oposición de Plutón, encuentran en el cuarto Círculo a los avaros y los pródigos, dos caras del mismo pecado, arrojándose mutuamente grandes rocas. Virgilio explica la naturaleza de la Fortuna. Descienden el acantilado y cruzan la laguna Estigia, que forma el quinto Círculo, residencia de los iracundos. Rodeándola, llegan

⁶⁹ El partido de los Blancos, de la familia de los Cerchi, que expulsará a los miembros del otro, el de los Negros, de la Familia Donati.

⁷⁰ El papa Bonifacio VIII, que había de enviar como pacificador de Florencia a Carlos de Valois, pero con el secreto designio de imponer el gobierno de los Negros.

⁷¹ Farinata degli Uberti († 1264), jefe del partido gibelino de Florencia. Como nos dirá Ciaccio, no está en este círculo y lo encontraremos entre los herejes, en el Círculo 6, Canto X del Infierno. Tegghiaio Aldobrandi, güelfo, tampoco está aquí, sino entre los sodomitas (Inf., XVI). Sin embargo, según el cronista Villani, era «cavaliere savio e prode e di grande autoritade». Iacopo Rusticucci está también en el mismo círculo. No sabemos quién es Arrigo, aunque Boccaccio en su comentario lo identifica con Arrigo Gandonati, «onorevole e famoso cavaliere e ciuadino». Mosca de' Lamberti, causante de la muerte de Buondelmonte de' Boundelmonti (1215), lo que trajo como consecuencia la implantación de los dos partidos rivales de güelfos y gibelinos. Más adelante lo encontraremos entre los sembradores de discordias (Inf., XVIII).

⁷² La doctrina escolástica, que sostiene que cuanto más perfecto es un ser más es capaz de sentir el bien y el mal. Estas almas serán más perfectas cuando, tras el Inicio Final, se unan a sus cuerpos respectivos.

al pie de una atalaya. Un grado más en el proceso de degeneración y hemos llegado al egoísmo, que, naturalmente, se opone a todos los demás egoísmos, efecto representado por el antagonismo entre avaros y dispendiosos.

—«Pape Satán, Pape Satán Aleppe»⁷³, comenzó a gritar Plutón con ronca voz. Y aquel sabio gentil, que conoce todo lo que puede animarme, dijo:

—No te inquiete el temor, pues a pesar de su poder no te impedirá que descieras a este círculo.

Después, volviéndose hacia aquel rostro hinchado de ira, le dijo:

—Calla, lobo maldito; consúmeme interiormente con tu propia rabia. No sin razón venimos al profundo Infierno, pues así lo han dispuesto allá arriba, donde Miguel castigó la soberbia rebelión.

Como las velas hinchadas por el viento caen derribadas cuando el mástil se rompe, del mismo modo cayó al suelo aquella fiera cruel. Así bajamos a la cuarta cavidad aproximándonos más a la dolorosa orilla que encierra en sí todo el mal del universo. ¡Ah, justicia de Dios!, ¿quién puede amontonar tantas penas y trabajos como allí vi? ¿Por qué nos destruyen así nuestras propias faltas? Aquí chocan los condenados unos con otros, lo mismo que la ola, saltando sobre el escollo de Caribdis, se rompe contra la que encuentra. Allí vi más condenados que en ninguna otra parte, los cuales, formados en dos filas, se lanzaban de la una a la otra parte enormes pesos con todo el esfuerzo de su pecho, gritando fuertemente; dábanse grandes empujones y después se volvía cada cual hacia atrás, exclamando: «¿Por qué guardas?», o «¿Por qué derrochas?». De esta suerte iban girando por aquel tétrico círculo, yendo desde un extremo hasta su opuesto y repitiendo a gritos su injurioso estribillo. Después, cuando cada uno había llegado al centro de su círculo, se volvían todos a la vez para empezar de nuevo otra pelea.

Yo, que tenía el corazón conmovido, dije:

—Maestro mío, indícame qué gente es ésta. Todos esos tonsurados que vemos a nuestra izquierda, ¿han sido clérigos?

Y él me respondió:

—Todos fueron de tan limitado talento en la primera vida que no supieron gastar razonablemente; así lo manifiestan ellos con claridad cuando llegan a los dos puntos del círculo que los separa de los que siguieron camino opuesto. Estos que no tienen cabellos que cubran sus cabezas fueron clérigos, papas y cardenales a quienes subyugó la avaricia.

Y yo:

—Maestro, entre todos estos deberá haber algunos a quienes yo conozca y a quienes tan inmundos hizo este vicio.

Y él a mí:

—En vano esforzarás tu imaginación: la vida sórdida que los hizo deformes hace que hoy sean impenetrables e irreconocibles. Continuarán chocando entre sí eternamente y saldrán éstos del sepulcro con los puños cerrados y aquéllos con el cabello rapado. Por haber gastado mal y guardado mal han perdido el Paraíso y se ven condenados a ese eterno combate, que no necesito pintarte con palabras escogidas. Ahí podrás ver, hijo mío, cuán rápidamente pasa el soplo de los bienes de la Fortuna por los que la raza humana se afana y querella. Todo el oro que existe bajo la Luna y todo el que ha existido no puede dar un momento de reposo a estas aletas fatigadas.

—Maestro —le dijo entonces—, enséñame cuál es esa Fortuna de que me hablas y que así tiene entre sus manos los bienes del mundo.

Y él a mí:

⁷³ Aunque hay quien quiere ver estas palabras como faltas de significado, manifestando en ellas un lenguaje demoníaco ininteligible para los hombres y muestra de la bestialidad inhumana del personaje que las pronuncia, los comentaristas antiguos dicen que pape sería una interjección y aleppe (la primera letra del alfabeto hebreo, aleph) querría significar «el primero». En este caso, la frase debería ser entendida como «¡Oh, Satán, oh, Satán, príncipe!».

—¡Oh locas criaturas! ¡Cuán grande es la ignorancia que os extravía! Quiero que te alimentes con mis lecciones. Aquel cuya sabiduría es superior a todo, hizo los cielos y les dio una guía, de modo que toda parte brilla para toda parte, distribuyendo la luz por igual; con el esplendor del mundo hizo lo mismo y le dio una guía que, administrándolo todo, hiciera pasar de tiempo en tiempo las vanas riquezas de una a otra familia, de una a otra nación, a pesar de los obstáculos que crean la prudencia y la previsión humanas. He aquí por qué. Mientras una nación impera otra languidece, según el juicio de Aquel que está oculto como la serpiente en la hierba. Vuestro saber no puede contrastarlo, porque provee, juzga y prosigue su reinado, como el suyo cada una de las otras deidades. Sus transformaciones no tienen tregua; la necesidad la obliga a ser rápida, por eso se cambia todo en el mundo con tanta frecuencia. Tal es esa a quien tan a menudo vituperan los mismos que deberían ensalzarla y de quien blasfeman y maldicen sin razón. Pero ella es feliz y no oye esas maldiciones; contenta entre las primeras criaturas, prosigue su obra y goza en su beatitud⁷⁴. Bajemos ahora donde existen mayores y más lamentables males. Ya descenden las estrellas que salieron cuando me puse en marcha y nos está prohibido retrasarnos mucho.

Atravesamos el círculo hasta la otra orilla, no lejos de un hirviente manantial que vierte sus aguas en un arroyo que le debe su origen y cuyas aguas son más bien oscuras que azuladas, y bajamos por un camino distinto, siguiendo el curso de las tenebrosas ondas. Cuando aquel arroyo ha llegado al pie de la playa gris e infecta, forma una laguna llamada Estigia; y yo, que miraba atentamente, vi algunas almas encenagadas en aquel pantano, completamente desnudas y de irritado semblante⁷⁵.

Se golpeaban no sólo con las manos, sino con la cabeza, con el pecho, con los pies, arrancándose la carne a pedazos con los dientes. Díjome el buen Maestro:

—Hijo, contempla las almas de los que han sido dominados por la ira. Quiero además que sepas que bajo estas aguas hay una raza condenada que suspira y la hace hervir en la superficie, como te lo indican tus miradas en cuantos sitios se fijan. Metidos en el lodo dicen: «Estuvimos siempre melancólicos bajo aquel aire dulce que alegra el Sol, llevando en nuestro interior una tétrica humareda; ahora nos entristecemos también en medio de este negro cieno». Estas palabras salen del fondo de sus gargantas como si formaran gárgaras, no pudiendo pronunciar una sola íntegra.

Así fuimos describiendo un gran arco alrededor del fétido pantano, entre la playa seca y el agua, vueltos los ojos hacia los que se atragantaban con el fango, hasta que al fin llegamos al pie de una torre.

CANTO OCTAVO

QUINTO CÍRCULO: LOS IRASCIBLES. FLEGIAS, FELIPE ARGENTI. LA CIUDAD DE DITE

Desde la atalaya se avisa a la ciudad de Dite, desde donde envían a Flegias para transbordar a los viajeros al otro lado de la Estigia. En el trayecto encuentran el alma enlodada de Felipe Argenti. Rodeando las murallas al rojo vivo de la ciudad de Dite, llegan a una puerta guardada por los ángeles caídos, que les impiden la entrada. Si quieren seguir adelante, tienen que esperar la ayuda divina.

Digo, continuando, que mucho antes de llegar al pie de la elevada torre, nuestros ojos se fijaron en su parte más alta a causa de dos lucecitas que allí vimos y otra más, que se

⁷⁴ Extensa disertación de Virgilio sobre la Fortuna, tema insistente entre las preocupaciones de los hombres de la Edad Media y el Humanismo. Contra todos los que han vituperado a la inconstante diosa, Dante toma la postura propia de un cristiano convirtiendo a la voluble deidad en un instrumento de la providencia divina. Es una inteligencia celeste que tiene sus leyes, ocultas para los hombres, pero coincidentes con la voluntad de Dios.

⁷⁵ Otra vez nos encontramos con dos pecados contrapuestos en su manifestación terrena pero castigados en el mismo lugar infernal: los iracundos y sus opuestos los melancólicos. En la superficie de la laguna Estigia los condenados se atacan unos a otros y en las profundidades los depresivos melancólicos que, ahogados por las cenagosas aguas, no logran articular palabra y sólo producen un ininteligible borboteo.

correspondía con estas dos, pero desde tan lejos que apenas podía distinguirse. Entonces, dirigiéndome hacia el mar de toda ciencia, dije:

—¿Qué significan esas llamas? ¿Qué responde aquella otra y quiénes son los que hacen esas señales?

Respondiome:

—Sobre esas aguas fangosas puedes ver lo que ha de venir, si es que no te lo ocultan los vapores del pantano.

Jamás cuerda alguna despidió una flecha que corriese por el aire con tanta velocidad como una navecilla que vi surcando las aguas en nuestra dirección, gobernada por un solo remero, que gritaba: «¿Has llegado ya, alma vil?».

—Flegias, Flegias⁷⁶, gritas en vano esta vez —dijo mi guía—; no nos tendrás en tu poder más tiempo que el necesario para pasar la laguna.

Flegias, conteniendo su cólera, hizo lo que un hombre a quien descubren que ha vivido víctima de un engaño, ocasionándole esto un despecho profundo. Mi guía saltó a la barca y me hizo entrar en ella tras él; pero aquella barca no pareció ir cargada hasta que recibió mi peso. En cuanto ambos estuvimos dentro, la antigua proa partió, trazando en el agua una estela más profunda de lo que solía cuando llevaba a otros pasajeros⁷⁷. Mientras recorríamos aquel canal de agua estancada, se presentó delante una sombra llena de lodo y me preguntó:

—¿Quién eres tú, que vienes antes de tiempo?

A lo que le contesté:

—Si he venido, no es para permanecer aquí. Pero tú, que estás tan sucio, ¿quién eres?

Respondiome:

—Ya ves que soy uno de los que lloran.

Y yo a él:

—¡Permanece, pues, en el llanto y la desolación, espíritu maldito! Te conozco aunque estés tan enlodado.

Entonces extendió sus manos hacia la barca, pero mi prudente Maestro lo rechazó diciendo:

—Vete de aquí con los otros perros.

En seguida rodeó mi cuello con sus brazos, me besó en el rostro y me dijo:

—Alma desdeñosa, ¡bendita aquella que te llevó en su seno! Ese que ves fue en el mundo una persona soberbia: ninguna virtud ha honrado su memoria, por lo que su sombra está siempre furiosa. ¡Cuántos se tienen allá arriba por grandes reyes, que se verán sumidos como cerdos en este pantano, sin dejar en pos de sí más que horribles desprecios!

Y yo:

—Maestro, antes de salir de este lago, desearía en gran manera ver a ese pecador sumergido en el fango.

Y él a mí:

—Antes de que veas la orilla quedarás satisfecho; convendrá que goces de ese deseo.

Poco después lo vi acometido de tal modo por las otras sombras cenagosas, que aún alabo a Dios y le doy las gracias por ello. Todas gritaban: «¡A Felipe Argenti!». Este florentino, espíritu orgulloso, se revolvía contra sí mismo, destrozándose con sus

⁷⁶ Flegias, hijo de Marte y de una mortal, fue rey de Beocia. Su hija fue seducida por Apolo y, para vengarla, Flegias incendió el templo del Dios. Conocida esta leyenda mitológica, nos explicamos el papel que le asigna Dante al colocarlo entre el círculo de los iracundos y la ciudad de los impíos

⁷⁷ Porque Dante viaja con su cuerpo mortal y, por consiguiente, pesa.

dientes⁷⁸, Dejémoslo allí, pues no pienso ocuparme más de él. Después vino a herir mis oídos un lamento doloroso, por lo cual miré con más atención en torno mío. El buen Maestro me dijo:

—Hijo mío, ya estamos cerca de la ciudad que se llama Dite⁷⁹; sus habitantes son criminales y su número es grande.

Y yo le respondí:

—Ya distingo en el fondo del valle sus torres enrojecidas, como si salieran de entre llamas.

A lo cual me contestó:

—El fuego eterno que interiormente las abrasa les comunica el rojo color que ves en ese bajo infierno.

Al fin entramos en los profundos fosos que ciñen aquella desolada tierra. Las murallas me parecían de hierro. Llegamos, no sin haber dado antes un gran rodeo, a un sitio en que el barquero nos dijo en voz alta: «Salid, he aquí la entrada». Vi sobre las puertas más de mil espíritus, caídos del cielo como una lluvia, que decían con ira: «¿Quién es ese que sin haber muerto anda por el reino de los muertos?». Mi sabio Maestro hizo un ademán, expresando que quería hablarles en secreto. Entonces contuvieron un poco su cólera y respondieron: «Ven tú solo, y que se vaya aquel que tan audazmente entró en este reino. Que se vuelva solo por el camino que ha emprendido tan locamente; que lo intente, si sabe; porque tú, que lo has guiado por esta oscura comarca, te has de quedar aquí».

Juzga, lector, si estaría yo tranquilo al oír aquellas palabras malditas: no creí volver nunca a la tierra.

—¡Oh, mi guía querido!, tú, que más de siete veces me has devuelto la tranquilidad y librado de los grandes peligros con que he tropezado, no me dejes —le dije— tan abatido. Si nos está prohibido avanzar más, volvamos inmediatamente sobre nuestros pasos.

Y aquel Señor que allí me había llevado me dijo:

—No temas, pues nadie puede cerrarnos el paso que Dios nos ha abierto. Aguárdame aquí, reanima tu abatido espíritu y alimenta una grata esperanza, que yo no te dejaré en este bajo mundo.

En seguida se fue el dulce padre y me dejó solo. Permanecí en una gran incertidumbre, agitándose el sí y el no en mi cabeza.

No pude oír lo que les propuso, pero habló poco tiempo con ellos, y todos a una corrieron hacia la ciudad. Nuestros enemigos dieron con las puertas en el rostro a mi señor, que se quedó fuera y se dirigió lentamente hacia donde yo estaba. Tenía los ojos inclinados, sin dar señal de atrevimiento, y decía entre suspiros: «¿Quién me ha impedido la entrada en la mansión de los dolores?». Y dirigiéndose a mí:

—Sí estoy irritado —me dijo—, no te inquietes; yo saldré victorioso de esta prueba, cualesquiera que sean los que se opongan a nuestra entrada. Su insolencia no es nueva; ya la demostraron ante una puerta menos secreta, que se encuentra todavía sin cerradura⁸⁰. Ya has visto sobre ella la inscripción de muerte. Pero más acá de esa puerta, descendiendo la montaña y pasando por los círculos sin necesidad de guía, viene uno que nos abrirá la ciudad.

⁷⁸ Felipe, de la familia de los Ademari, que se hizo popular por sus explosiones de ira y su crueldad. Fue contemporáneo de Dante. El mejor retrato lo encontramos en el cuento en que lo hace aparecer Boccaccio: «meser Filippo Argenti, uom grande e nerboruto e forte, sdegnoso, iracondo e bizzaro più che altro...» (*Decameron*, IX, 8).

⁷⁹ Comprende el resto del Infierno, su parte más profunda y, por tanto, la más terrible. Los pecados que encierra son los de violencia y engaño y podríamos decir que sin ningún dirimente, es decir, cometidos voluntariamente. Respecto del nombre, Dite, hay confusión. No sabemos si Plutón para Dante era el Plutón-Hades, dios del infierno, hijo de Cronos y de Rhea, o Plutos, hijo de Jasón y Demeter. También en la antigüedad clásica eran confundidos a veces. El nombre griego Plouton es un epíteto de Aides y significa «rico», de Plutos, «riqueza». El primero, también conocido por Dite, significa igualmente en latín «rico» (Cicerón, *De nat. deor.*, II, 26). Dante utiliza este mismo nombre, Dite, para designar al señor de los infiernos.

⁸⁰ Los diablos intentaron impedirle la entrada a Jesús cuando fue a librar a los santos padres del Antiguo Testamento. Es la puerta que hemos pasado en el Canto III. «Portas mortis... Salvator noster dirupit».